



Le Dantec, defensor de la continuidad urbana

Para el urbanista Jean Pierre Le Dantec, la destrucción masiva del entorno construido no es necesaria para renovar o adecuar una urbe a las necesidades actuales de su población, como ocurre en Francia, donde se vive un constante reordenamiento que exige a los especialistas en la materia mantener una posición abierta, de debate y de franco acercamiento con la ciudadanía.

El urbanista francés, Le Dantec, expresó lo anterior como parte de la ponencia que presentó en la ESIA Tecamachalco en mayo pasado. De acuerdo con él, Francia cuenta en la actualidad con cerca de 60 millones de habitantes, y de este total, las estadísticas indican que más del 85 por ciento vive en poblaciones urbanas, que se agrupan en tres tipos de asentamientos: las ciudades que se constituyeron desde hace mucho tiempo, como París intramuros; las periferias, donde viven las mayorías, cuyas formas urbanas resultan de la planeación de los años 50, 60 y 70, inspiradas en una interpretación administrativa de la Carta de Atenas, y finalmente, los lugares que algunos urbanistas llaman la ciudad emergente, la cual es una urbanización reciente, con un tejido muy flojo, implantado en las zonas periurbanas y que fue ordenado por el urbanismo de las redes materiales o virtuales.

Para Le Dantec, la urbanización francesa refleja una metropolización del territorio, fenómeno común en todo el planeta, pero con características específicas. Esta situación no es producto de la transferencia masiva de la población rural a la ciudad, como ocurre en otros lugares, e incluso en la ciudad de México, donde se presenta una extensión de la ciudad en sí misma.

En la ciudad territorio de Francia, los centros antiguos ya no son dominantes, aunque éste es un carácter específico de ese país, estos centros continúan siendo atractivos, habitados y deseados, fenómeno contrario a lo que ocurre en otros países. La ciudad territorio está constituida esencialmente de fragmentos con morfologías y tipologías que a veces parecen un disparate y hasta contradictorias, sus asentamientos están separados entre ellos por barreras sociales o por redes de circulación rápida que son más o menos infranqueables.

Esta situación, aunque no es tan dramática como en otros países, es muy inquietante —aseguró—, pues refleja y agrava el proceso de fragmentación del tejido social, que genera injusticia, desorden y delincuencia. La separación entre los objetos construidos es lógica desde el punto

de vista de las leyes económicas y expresa cada vez más la yuxtaposición de las decisiones tomadas de la gente. Esta separación presenta la destrucción dramática, y hasta cierto punto traumática del lazo social republicano que caracteriza a la democracia francesa.

Agregó, que el habitante de la Francia urbanizada es cada vez más un ciudadano que vive como miembro de una comunidad política fundada sobre los principios universales.

La tendencia que prevalece en cuanto al ciudadano, evidencia que éste se va convirtiendo en un sujeto cerrado en sí mismo, individualista, posmoderno, de tipo *ciberg* como *Robocop*, que dispone de la infinidad de alternativas que le dan sus tarjetas de crédito. En tanto existe otro tipo de persona, éste sería aquel de los tiempos antiguos, un ser ordenado, mandado por un sentido de pertenencia tribal, a veces de tipo mafioso, y finalmente –de manera llana– existe la persona excluida.

De esta manera parece, desde cierto punto de vista –indicó–, que se muestra el inicio de una ruptura con un arcaísmo específicamente francés, aquel en el que el Estado y las colectividades públicas jugaban un rol desmedido, amordazando e infantilizando la iniciativa individual. Esta evolución se vive mayoritariamente entre los franceses como un proceso de regresión que pone en peligro no sólo el modelo francés republicano, sino los fundamentos del proyecto democrático, ya que esta evolución se ha delegado a los poderes económicos, que se convierten en incontrolables bajo el mando de los hombres políticos, electos, quienes son los “únicos” que pueden garantizar el proyecto democrático.

Sin embargo, la democracia francesa insiste en afirmar su originalidad, basada –a diferencia del modelo anglosajón–, en una dialéctica de libertad e igualdad, en la cual las iniciativas individuales “supuestamente” se pueden armonizar con el interés público encarnado en el Estado y en las colectividades, aclaró.

De acuerdo con el especialista parisino, lo anterior explica que pese a la evolución que se ha presentado en Francia, continúan existiendo políticas urbanas voluntaristas, llevadas a cabo por los representantes –personas electas–, los profesionales –arquitectos y urbanistas– y por alguna administración “poderosa y eficiente”.

Estas políticas expresan reglas urbanísticas relativamente rígidas, pero al mismo tiempo viven en constante evolución.

También expresan su preferencia por la creación, para dirigir los grandes proyectos constructivos de organismos político-económico-administrativos, que unan al sector privado con las colectividades públicas.

En Francia, desde hace 15 años, existe una rehabilitación de inmuebles antiguos, hay también un cierto reciclado urbano que ataca prioritariamente las franjas industriales y los grandes conjuntos habitacionales construidos en los años 60 y 70, sostuvo Le Dantec. Este reciclado, a pesar de que la palabra parezca poco adecuada, consiste en reconstituir la ciudad moderna sobre la ciudad antigua. Para entender este planteamiento es necesario enunciar sus postulados:

El primero sostiene que las políticas –en este sentido–, deben llevarse a la práctica tratando de concertar la continuidad con lo existente. Hacer compatible lo antiguo y lo nuevo, particularmente las formas urbanas antiguas con las formas urbanas modernas, a pesar de que éstas últimas surgieron como algo radicalmente diferente a todo lo que se había construido.

El segundo postulado está en estrecha relación con el primero, y se refiere a que estas políticas se lleven a cabo, apoyándose lo más posible en la historia y las trazas urbanas anteriores, sobre todo en lo que concierne al diseño de los espacios públicos, que son los que deben jugar el rol de estructuras fundadoras.



Jean Pierre Le Dantec

El tercero —señala el urbanista—, hace mención de lo que en particular es denominado como el remodelaje, en vez de llamarlo destrucción masiva. Esto se realiza tomando en consideración una visión de lo que es la ciudad contemporánea, la ciudad de la tercera edad, que une las cualidades de la ciudad antigua: la continuidad del espacio público, la relación de las escalas, de los materiales, de las volumetrías, de los objetos arquitectónicos entre ellos, con las cualidades de la ciudad del tiempo moderno: la luz, la perspectiva.

Hay personas que saben que el tiempo de la ciudad no es el mismo tiempo de los problemas urbanos, es necesaria una visión de conjunto. Agregó que se necesitará que pasen 20 ó 30 años para que estos proyectos adquieran la suficiente consistencia y se vean los resultados. Puede haber un cambio completo de las coyunturas económicas, puede haber evoluciones técnicas y cambios políticos que alteren completamente la visión de los proyectos.

Lo anterior significa —advirtió— que en materia de práctica urbana se debe tener cuidado con los dogmatismos. Los equipos que diseñan las propuestas urbanas toman en cuenta esto y además requieren del apoyo de la población. Entonces se necesita de cuando menos dos cosas: lo primero es que todos los ciudadanos estén conscientes de que les concierne la vida pública. Además de que ellos deben tener conocimiento del proyecto antes de que sea presentado, se requiere realizar encuestas y consultas públicas que estén relacionadas con el mismo.

Para entender esto, es necesario traer a colación que París se ha desarrollado de manera concentrada y radial, que cuenta con 2 millones de habitantes, en tanto que la aglomeración urbana es del orden de 10 millones de residentes.

Esta forma de crecimiento, económicamente hablando —señaló—, ha originado que el este de la urbe se halla empobrecido y el oeste sea cada vez más rico. En los años 60 la política que se instrumentó en la ciudad fue la de modernización; se tiraron colonias y barrios antiguos, y se construyeron torres muy grandes de edificios para habitación y oficina, entre los que destacaron los edificios de tipo barra, muy largos y anchos. Afortunadamente a finales de esa década, la política fue combatida por los habitantes. En este contexto nació el Taller Parisino de Urbanismo que decidió regresar a las morfologías y tipologías características de París. Las decisiones en

contra de ese tipo de desarrollo, reconsideran la ciudad y el alineamiento como centro de la vida.

Más adelante, dijo que el movimiento moderno se fundó sobre la idea que la arquitectura podía fabricar la ciudad. Es un fundamento en que el objeto arquitectónico era su propio ideal; esto en realidad es una gran utopía, que condujo a muchas catástrofes urbanas. A nivel internacional existen varios arquitectos que desarrollan sus proyectos de una forma cínica, que defienden la belleza del caos, lo que se llama ciudad genérica. Es como lo hizo un arquitecto, en Lille, Francia, al construir un pedazo de Singapur cerca del centro histórico. Le Dantec consideró que el arquitecto, siendo un artista, es también un ciudadano que debe tener una visión de la ciudad y la sociedad, que no debe dirigirse forzosamente a la catástrofe. De qué sirve hacer una obra de arte sobre un campo de ruinas. Como arquitecto debe tener un gran conocimiento, un gran saber arquitectónico, urbano y estético. En el campo del urbanismo la palabra urbanidad quiere decir educación, en el fondo no se trata de afirmarse a sí mismo, sino darse delante de los otros. No se trata de preparar un avenir, sino uno todavía posible.

(Alfonso Bonilla Martínez)



Traza urbana de París, vista desde la Torre Eiffel.